DECLARAME TU

HUMEDAS fauces como perseguidas
por una sed de azul muerden los brotes
del aledaño abeto, aunque es la hora
del asalto final en que te escondes.
Qué viento crecerá por esas ramas
o qué alegría viendo rojos montes
de salvación, aéreas estancias,
senos blancos dorados por las hoces.
Nada tan claro como tu corriente
buscando el hueco donde el sol se pone
o más tarde la tibia animación
lunar, cuando ha caído lo más pobre.
Encuentro que mi sitio no es mi sitio.
Con el impulso mismo de tus órdenes
me levanto a pedirlo por el aire,
desesperada sed que va a lo noble.
Oh los aires primeros, las primeras
bocas, serenidades. Todo sobre
tu calor se aposenta, todo busca
la tolva que les dió materia y nombre.
Maleficio campal, dictamen, viento,
todo lo centras y lo descompones.
Busco ya mi país, poso una mano
sobre estas cejas deslumbradas donde
tienes tu reino, donde mueres sola
a mi inclemencia de destello y hombre.
Con la tarde que cae todo le viene
angosto a la mirada, lanzas rompe

por el campo lejano; así en el vuelo
de lo que viene y va desde la noche.
Aires, serenidades, bocas mías,
ansia mía enredada por los robles:
tened todo lo mío, devoradme;
no porque pierda en ello, porque cobre
exhaustamente luz desde mis obras
y en mi propia faena me desplome.



RAFAEL SOTO VERGES